

IV Congreso Internacional de Comunicación Social
Universidad del Norte
Barranquilla, mayo 21 de 2003

CIENCIAS SOCIALES Y COMUNICACIÓN:
DESENCUENTROS Y ENCUENTROS

Orlando Fals Borda,
Profesor Titular de la Universidad Nacional de Colombia, Frente
Social y Político y Fundación Nueva República, Bogotá.

Con la venia de los distinguidos delegados de otros países, me voy a permitir relacionar la interesante temática general que nos congrega con desarrollos específicos de Colombia que puedan ilustrarla. Esperaría que en esta forma llegemos a palpar la naturaleza de retos y dilemas que tenemos como profesionales de la comunicación social. Y también, de rebote, que logremos comprender un poco más las complejidades de la sociedad colombiana a veces tan herméticas para extranjeros.

Elaboro mis observaciones basándome en un reciente análisis sobre “La formación del campo de estudios de comunicación en Colombia”, escrito por los respetados colegas Jesús Martín Barbero y Germán Rey. Apareció dicho análisis en Bogotá en 1999, en la **Revista de Ciencias Sociales** de la Universidad de los Andes y la Fundación Social, y fue incluido en la recopilación editada por los profesores Francisco Leal Buitrago y Germán Rey en el libro, **Discurso y razón** (Bogotá: Uniandes, 2000). Allí encontré una rica información pertinente a este Congreso; y también una preocupante conclusión sobre las relaciones entre las disciplinas sociales y las comunicativas en Colombia, que me sirve como punto de partida.

En efecto, los coautores de este revelador estudio denuncian que en las disciplinas mencionadas (las sociales y las comunicativas) había “un desencuentro grande en el terreno de los problemas y las demandas sociales” (página 257 del libro). Sostienen que ese gran desencuentro se origina en los dos polos implicados: tanto en las ciencias sociales donde “se desconoce la importancia política y cultural de los procesos y medios de comunicación”, como en los estudios de comunicación donde hay un “desconocimiento del espesor social y político” que tiene su propia disciplina. Los primeros –los científicos—subvaloran lo que encuentran en este campo; los segundos –

los comunicadores—no alcanzan a entender la relación entre lo que hacen y dicen y los conflictos del país.

Por supuesto, este desencuentro es inconveniente porque ambas partes demuestran miopía ante las mayores posibilidades que tienen como disciplinas del saber, si se juntan para la comprensión y solución de problemas nacionales, y para el progreso informado de nuestro resistente y castigado pueblo. Este estratégico desencuentro, y las posibilidades creativas del encuentro, se convirtieron en el foco de mi presentación.

Al invitarme a reflexionar sobre estos asuntos, ustedes me dieron una tarea complicada en la que, como Atenea, tengo que colocarme un casco bifronte: con la cara de sociólogo, por un lado, y con la de periodista como lo he sufrido a veces, por el otro. Combinación tensionante, a decir verdad, pero también tentadora, que en estos momentos de incertidumbre global y nacional puede resultar útil para la ilustración colectiva. Pero es tarea que, en mi caso, debo verla con retrovisor; mientras que para ustedes la considero actual y vivencial. Por eso acepté esta tarea, y consideraremos algunos de estos hechos a lo largo de la exposición.

Visión del sociólogo.

Comienzo observando que los colegas Martín Barbero y Germán Rey, como filósofos y psicólogos que son, nos llevan en su estudio a importantes aspectos interdisciplinarios, pero sólo hasta un umbral: el que abre las perspectivas del qué hacer y las propuestas para resolver el desencuentro a que se refieren. Al acercarse y correr la cortina, descubren la naturaleza epistémica e ideológico-política del desencuentro, vale decir, destacan el sustrato formativo del pensamiento envuelto, con los valores y actitudes que animan y orientan a profesores y estudiantes en los dos campos concernientes. Así hacen un inventario de los epistemes más socorridos en las instituciones educativas, como son: el empirismo y la cuantificación; el estructuralismo semiótico; los análisis de contenido y de los discursos; y cierran con la hermenéutica, la culturología y lo cualitativo.

Lo que podemos señalar ahora sobre este buen inventario es que todos estos epistemes-guías, con excepción de la hermenéutica reinterpretaiva, se mueven e inspiran en el paradigma cartesiano post-Renacentista, reforzado luego por otros paradigmas

como el mecanicismo de Newton, el positivismo de Comte, el funcionalismo de Parsons, y el determinismo materialista. Estos han sido dominantes en la academia, pero han terminado siendo pilares de un **statu quo** conservador y rutinario. Han venido en crisis casi desde comienzos del siglo XX, como lo argumenté en la Primera Lección Inaugural de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional el año pasado. Como se sabe, ello ha ocurrido gracias al avance de las ciencias físicas cuánticas y de las ciencias sociales y filosóficas críticas en Europa.

La crisis en la orientación educativa que estos retos dramatizan, lleva a pensar que cualquier encuentro de nuestras disciplinas no pueda realizarse de manera saludable con la tutela de aquellas formas atrasadas de concebir la ciencia y de interpretar y actuar en sociedad. Están condicionadas por un cerramiento tautológico y contextual, y por un dogmatismo ejercido por grupos de profesores guardianes que actúan en departamentos universitarios estancos. Así no puede suscitarse el entusiasmo de los encuentros con los nuevos intelectuales o con la juventud en búsqueda de otros mundos del conocimiento que necesitamos para transformar la sociedad.

A esos paradigmas cerrados, otrora dominantes, se ha contestado desde hace tiempo con paradigmas abiertos alternativos de origen posmoderno y posdesarrollista, que invitan a retomar vías productivas que han sido obstruidas por funcionalistas, mecanicistas y deterministas. Se trata de formas diferentes de observación, explicación y análisis de la realidad ambiente, en las que la búsqueda creadora y el contacto interdisciplinario resultan fundamentales. Estas alternativas se encuentran en teorías de sistemas abiertos y de la complejidad, en la del caos y el holismo Batesoniano y en el marxismo humanista y ecológico. A ellas se ha sumado, desde el Sur del mundo, la investigación-acción participativa (IAP), que tiene la ventaja –casi única entre los métodos disponibles-- de construir claramente un puente hacia la comunicación social y las técnicas mediáticas y periodísticas de masas.

“Por ahí es la cosa”, habríamos dicho en 1970 quienes tuvimos el privilegio de asistir a estos partos epigenéticos e interdisciplinarios en el terreno. Porque como hijos naturales del posmodernismo, ustedes y yo nos hemos interesado por igual en la cultura popular y la historia oral y en la teoría-práctica de la retórica y en la lingüística. Hemos buscado juntos a los hacedores populares del conocimiento y les hemos dado voz. Nos

hemos interesado igualmente en el entendimiento de lo particular y sus relaciones con lo global; en la atención a lo espiritual y valorativo frente a lo material y cuantitativo; y en lo sincrónico junto a lo diacrónico, el azar, lo fractal y lo intemporal. Muchos de estos puentes nos eran vedados equivocadamente por los guardianes de los paradigmas dominantes que lo veían como algo no serio ni objetivo.

Diría entonces que si el proceso formativo profesional se basara en estos paradigmas abiertos posmodernos, no habría muchas diferencias entre comunicadores y científicos sociales. Quizás aconsejaría más atención a la investigación social en los currículos, por parte de los comunicadores; y más atención a la práctica dialógica y participativa, al manejo de la parafernalia mediática y al estilo de expresión, por parte de los científicos sociales.

Sobre la pertinencia de la IAP como puente en estos quehaceres, quiero recordar la contribución que para su desarrollo y el desarrollo de la interdisciplina hicieron los comunicadores durante el 8º. Congreso Mundial de Convergencia Participativa realizado en Cartagena en 1997. Martín Barbero y Germán Rey coordinaron allí un excelente grupo de trabajo que incluía a valiosos colegas de diferentes países, como Martin Hopenhayn, Hermann Herlinghaus, Rosa María Alfaro, Magola Delgado, Gabriel Kaplun, William Torres, Raúl Leis y otros cuyas ponencias se encuentran depositadas en un Fondo Especial creado en el Archivo General de la Universidad Nacional en Bogotá. Allí reconocimos que la IAP, con su técnica de la “devolución sistemática”, su énfasis sobre la cultura oral y la horizontalidad en la relación investigativa, estaba bien encaminada: toma en cuenta las modalidades que adopta el contacto intersubjetivo del proceso creador y comunicativo desde y con las bases. Esto es así porque se trata del conocimiento como resultado interdisciplinario y como una multifacética construcción social. Y cuando lleva a la acción transformadora que nos motiva, puede constituirse en poder. (Véase el informe del Congreso, **Participación popular: retos del futuro**, ed. por O. Fals Borda, Bogotá: ICFES-IEPRI-COLCIENCIAS, 1998, páginas 179-182).

He aquí una ilustración: la búsqueda interdisciplinaria, participativa y horizontal de la “devolución sistemática” de la IAP fue la que justificó el estilo y la técnica dual del “mythos-logos” que introduje en la **Historia Doble de la Costa** (1979-1986), técnica bien lejana del idioma de la academia sociológica tradicional, que pertenece al campo de

la comunicación. Fue la mejor conexión entre ambas disciplinas, que también abrió la puerta a procedimientos y artes vinculados con la comunicación social, como la fotografía, la literatura, la pintura y la música. Estos se convirtieron en elementos de concientización y movilización popular, para un conocimiento más profundo y sentido de la realidad social a través de la palabra hablada y escrita.

Visión del periodista.

Así, pues, nos encontramos con la IAP en la **Historia Doble**, y por eso es doble. Pero se trataba de heréticas condiciones alternas y extrauniversitarias entre “hermanos sentipensantes”, tal como lo recordó Eduardo Galeano en Cartagena en 1997. En aquel Congreso, Galeano personificó la síntesis del historiador-investigador y del literato, dándonos de paso lecciones de tolerancia y demostraciones de imaginación creadora. Poco después me indujo a ser corresponsal de la revista **Brecha**, de Montevideo, ilustre sucesora de aquel valiente semanario **Marcha** que los militares uruguayos en el poder habían clausurado en 1976.

No sé cómo acepté el reto y, en efecto, en esta capacidad periodística actué por algún tiempo. No creo que mis artículos para **Brecha** hayan sido ningún dechado de perfección, pero armonizaron con el espíritu crítico y la posición ideológica de la revista. En todo caso, me hicieron sentir las tensiones del investigador participante y del relator que había visto antes durante la difícil experiencia de la revista **Alternativa**, fundada en Bogotá en 1974 con la colaboración de Gabriel García Márquez y Enrique Santos Calderón. Más tarde, a esta novedosa aventura ingresaron Jorge Restrepo, Antonio Caballero, Daniel Samper y otros importantes periodistas profesionales del más alto rango.

Alternativa había sido una prueba de fuego para mí, de la que salí transformado profesionalmente. Porque en las condiciones de esta revista, ya no podía ser el sociólogo académico con guantes profilácticos, como había sido adiestrado en Norteamérica. Tuve que cambiar la forma algo estirada que caracterizaba mis primeros libros, porque no encajaba bien con el método ágil y directo del periodismo. Sufrí la “colgada” de mis primeros artículos para la columna “Historia prohibida”, no por ninguna censura o manipulación interesada como ocurría con frecuencia en las revistas y periódicos de la

competencia, sino por ser demasiado largos y densos, por no respetar suficientemente el nivel de comprensión de los lectores.

Me salvó en la revista el hecho de que, como lo insinúan Martín y Rey en su estudio, yo estaba en sintonía con convicciones políticas y culturales, valores y actitudes que había desarrollado con colegas y estudiantes de la Universidad Nacional y que compartía con los otros periodistas. Estas concepciones-guías eran prolegómenos de los paradigmas alternos y de la IAP ya mencionados. La orientación ideológico-política y ética era el cartabón compartido por todo el equipo a partir de la dirección de la revista, sus editoriales y columnas de opinión. Todo ello impedía los abusos de la prensa manipuladora y comercial, prejuizadora, sectaria y estigmatizante que veíamos afuera y que sigue campante en el país, como lo vimos hace poco en relación con incidentes ocurridos en la Universidad Nacional en Bogotá.

Pero además del consenso ético y la seriedad profesional, lo más importante y visible que sentí en mi nueva condición periodística fue el impacto que sufrió mi estilo de escribir, para poder comunicarme mejor y con claridad. Debía pensar no sólo con la palabra impresa sino también con la multimedia que empezábamos a experimentar. De allí surgió el polimorfismo estereofónico que se ha observado en mis últimos escritos. Con **Alternativa** también nació el folleto ilustrado como resultado de la investigación social e histórica; se inventó el vallenato protesta; y se impulsó el teatro popular y el cuento como recuperación cultural. Mis grupos de referencia pasaron entonces de la academia a los dirigentes de las comunidades de base que tanto me estaban enseñando sobre su realidad inmediata. Entendí mejor lo que Camilo Torres Restrepo había postulado en la Facultad de Sociología, como “el compromiso del intelectual”. En fin, este salto a una sociología de mano cogida con periodistas y comunicadores responsables y con la gente del común, me redondeó como profesional, me dio mayores satisfacciones personales, y transformó mis salidas al terreno en felices vivencias.

Todo esto para decir que sin la experiencia comunicativa y mediática de **Alternativa**, no habría nacido con sus dos canales la **Historia Doble de la Costa**, ni se habría reforzado la investigación-acción que hoy se practica en muchas partes del mundo. Por eso los cuatro tomos de esta obra quizás reflejan bien las metas de interdisciplina, multimedios y pedagogía que muchos intelectuales comprometidos nos veníamos

proponiendo desde el punto de vista de la transformación nacional. Fueron tendencias y enseñanzas confirmadas por la segunda y tercera **Alternativas**, las más recientes y más trágicas por la persecución oficial, que estuvieron en las experimentadas manos de María Teresa Herrán, Carlos Iván García, Mariela Guerrero, Alfredo Molano, Ignacio Gómez, Adalberto Carvajal y Fabio Castillo, entre otros. Todos animados por los altos ideales de justicia y servicio social que nos han caracterizado. Creo que hay consenso en que los artículos de nuestra revista (como otros publicados por aparte) siempre fueron ejemplos de buen periodismo investigativo y sociológico, que incluso triunfaron ante demandas penales intentadas por terceros, algunos del gobierno. Fueron demostraciones de la utilidad conectora del puente entre la IAP y el campo de la comunicación que he venido señalando.

Naturalmente, desde estas aventuras periodísticas ha habido un persistente problema de identidad profesional. ¿Qué somos ahora? ¿Somos sociólogos o comunicadores, o ambas cosas a la vez? ¿Se cumple en nosotros el posible encuentro interdisciplinario planteado por Martín y Rey? No debo presumir las respuestas. En lo que a mí respecta, quizás sea suficiente que me vean ahora como un simple devoto de la praxis-cum-frónesis, como un praxiólogo posmoderno. (Véanse las obras pertinentes del filósofo mexicano Adolfo Sánchez Vásquez). Es difícil para mí considerarme ahora como un científico social según el viejo esquema paradigmático que está en crisis en los departamentos universitarios. Preferiría que me vieran como un analista y comunicador de transformaciones observables en las que yo mismo hubiera tenido papel, y como promotor de esperanzas en las comunidades. Si ello llegara también a reflejarse en la nueva universidad participativa, que ha sido otra de las consecuencias de la evolución intelectual alterna contemporánea, quedaría todavía más satisfecho.

En conclusión: desde los puntos de vista posmodernos y posdesarrollistas que he expuesto aquí, no debería haber diferencias sustanciales entre las ciencias sociales y el campo de la comunicación. Todos se enriquecen igualmente por los paradigmas abiertos como vengo diciendo, y por la posición moral e ideológica asumida sobre ideales políticos compartidos. Un buen científico social debería ser, al mismo tiempo y por la misma causa, un buen comunicador de aquello que ha aprendido o descubierto; y el comunicador auténtico y capaz debería ser, al mismo tiempo, un científico social

participativo de amplia visión y competente adiestramiento, y no el simple técnico o maestranza transmisor instrumental de datos e información manipulable, personaje gris que se forma y se gradúa con excesiva frecuencia en las facultades.

Quedó atrás la etapa mecanicista de la “difusión de innovaciones” que nos trajeron los sociólogos Everett Rogers y Paul Deutschmann en los años de 1960. Y también terminó la etapa del peligroso autoengaño cientifista de la neutralidad valorativa. El hecho es que disponemos ahora de un marco común de referencia técnico, conceptual y epistémico que es también ético; que exige de nuestro razonamiento, de nuestro sentimiento y de nuestra prudencia, especialmente en casos de supervivencia económica, burocrática y personal en tiempos de estatutos represivos de “seguridad”. Estos son elementos poderosos que deben guiar la observación y la acción, así como la inferencia y la deducción aún en condiciones difíciles o peligrosas. Son factores que deben también determinar la recta interpretación del contexto y el certero e imparcial enfoque de la información obtenida.

Política crítica.

Mis hermanos: hemos llegado al final de este corto ejercicio. Martín Barbero y Germán Rey, así fuese en el umbral, nos dieron a entender que nuestros encuentros son posibles y positivos. En efecto, es posible pensar en que esta cercanía viene desde los años cincuentas, cuando el sociólogo Paul Lazarsfeld se interesó en la radiofonía y sus efectos sociales, abriendo espacios para el desarrollo autónomo del campo de la comunicación. Hacia estos acercamientos me he inclinado y sigo en la pendiente. Sin embargo, el reencuentro actual habrá de ser a un nuevo y más complejo nivel técnico y conceptual, producto del crecimiento de nuestras disciplinas desde su nacimiento.

Queda entonces el momento de hacernos otra pregunta: ¿para qué son o serán estos encuentros? A mi juicio, deberían reflejar nuestro compromiso para transformar el mundo horrendo y mierdoso que heredamos, y tratar de hacerlo por la praxis y con la praxiología (como la de la IAP), desde el punto de vista académico. Desde el punto de vista extrauniversitario, se trata de construir profesional y personalmente una política práctica comprometida con una visión altruista del mundo, cercana a lo que queremos como seres humanos capaces de mutua comprensión y apoyo y de colectiva alegría. Las

cosas no pueden seguir como están ni aún para los poderosos, y nuestro compromiso habrá de ser con las libertades y derechos, con la no violencia, con la justicia y con otros ideales por los que se han sacrificado muchos próceres del socialismo ancestral, humanista y ecológico que sigue vivo como alternativa del feroz capitalismo que hay que controlar. Deberíamos dar prioridad a las víctimas del sistema global de explotación del hombre y de la naturaleza, a las mayorías del mundo a las que pertenecen las bases escuálidas de nuestra nación colombiana, como los malabaristas que hoy pululan alrededor de semáforos y como los dos millones de desplazados que desgarran el corazón del país. Con esta convicción y con este afán humano deberíamos construir la espina dorsal moral de nuestras disciplinas, así las sociales como las comunicativas convergentes. Y ello nos daría nueva fuerza vertical así como renovada justificación a las tareas que realicemos.

Hay síntomas ominosos. Ahora la guerra perpetua de Colombia tiende a convertirse en guerra perpetua universal, según los designios de un gobierno imperial que sostiene el estandarte de una paz **sui generis**. Asusta que esta paz sea con la horrorosa consigna del “Gran Hermano” de la novela **1984** de George Orwell: la consigna de que “guerra es paz” y “esclavitud es libertad”. Estas ideas alienantes u manipuladoras de opinión han sido irradiadas por comunicadores mercenarios y terroristas de la información que pervierten el lenguaje, expertos en lavado de cerebros y en autocensuras, como los que hemos visto actuar en los conflictos y elecciones de nuestro país, en la guerra de Iraq y en el fallido intento de golpe de Estado en Venezuela el año pasado. Estos son índices de crisis en el periodismo contemporáneo y en sus actores, que convierten el gran poder de que disponen en despilfarro de talentos y energías, tal como lo analiza en reciente estudio sobre el Plan Colombia el profesor caleño Germán Ayala Osorio.

Es tiempo de que este gran poder de los medios controlados, desbocados o irresponsables –el “cuarto poder” según se dijo de William Randolph Hearst como “explotador del sensacionalismo”-- deje de seguir siendo utilizado por tales elementos que desacreditan nuestras disciplinas y destruyen la esencia y el sentido de la vida en sociedad. Nos hemos acercado a un desorbitado nivel de codicia, engaño y celo por el poder estatal que usa el periodismo como herramienta instrumental, muchas veces con

fines bastardos. ¡Cuidado! En la Casa Blanca ya actúa otro Gran Hermano que se ha autodesignado como enviado del cielo por virtud de un aparato informático de fundamentalistas que confían en un “destino manifiesto” para el pueblo anglosajón, aquel conformado por Cruzados del neoliberalismo armado. Por ahí no puede ser la cosa.

Nuestros encuentros no deben ignorar este aberrante peligro mundial y regional. Por eso pido, para terminar, que como sociólogos y comunicadores de la buena política crítica y comprometidos con el progreso y la paz auténticos, combatamos la contrautopía Orwelliana bélica que nos mandan desde el Norte. Por fortuna entre nosotros hay todavía una fuente vital de resistencia que no permitirá que claudiquemos. Esa fuente vital proviene del contacto directo y constructivo con nuestros pueblos autonómicos y con nuestra realidad ancestral. Allí en el terreno, en nuestros maravillosos trópicos y subtrópicos inéditos, en la universidad del contexto local en nuestro propio mundo, podrá estar la síntesis creadora de nuestras disciplinas, inspiradas en que crezca con toda su plenitud y sin glifosatos ni venenos, la flor de la vida.